

Con razón, pues, dice un investigador moderno, acerca de la importancia del arte para las costumbres morales y religiosas del pueblo italiano durante la época del Renacimiento: «Por todas las manchas que afeaban á la Italia de entonces, satisfacían las artes del diseño, las cuales no eran negocio de aristocráticos sibaritas, sino asunto de todo el pueblo, cuyos propios sentimientos se exteriorizaron en ellas.» Las obras de arte quedan como «argumento de que la devoción íntima y la elevación creyente, hablaban todavía á los ánimos y eran comprendidas por ellos. Y aun donde los afectos no pueden tomarse por propiamente religiosos, se mostraba, sin embargo, una belleza tan espiritual, una tal pureza de sentimientos, tan elevada gravedad, tan encendido entusiasmo por lo sublime, que á pesar de todas las deficiencias morales de la época se presenta, no obstante, de una manera indudable, el fondo sano, puro y noble que permanecía en aquel pueblo, el cual se había acostumbrado á buscar lo bueno bajo la forma de lo bello» (1).

El viviente impulso de la fe que produjo aquellas creaciones artísticas, se descubre asimismo en muchos otros fenómenos. Al lado de los preladados, obispos y cardenales indignos, á la verdad sobradamente numerosos, se ofrece también al atento observador una serie de egregios varones, los cuales cumplieron entera y perfectamente sus deberes en aquella efervescente época de transición. Tales fueron en el episcopado: Mateo Bonimperto, obispo de Mantua (m. 1444); Lorenzo Justiniano, de Venecia (m. 1466) (2); Gabriel Sforza, de Milán (m. 1457); San Antonino, de Florencia (m. 1459); Gaspar Zacchi, de Osimo (m. 1474); Natulo Lombardi, de Bovino (m. 1477); Francisco Cayetani, de Squilace (m. 1480); Antonio Bertini, de Foligno (m. 1487); Juan Bautista Pinelli, de Cosenza (m. 1495); Jacobo Pasarella, de Imola y Rímimi (m. 1495); Roberto de Lecce, obispo de Aquino (m. 1495); en Módena, Nicolás Sandonnino (m. 1499); en Belluno y Padua, Pedro Barozzi (m. 1507); en Nápoles, Alejandro Caraffa (m. 1503); en Chieti (desde 1505 á 1524), Juan Pedro Caraffa; en Forli, Pedro Griffi (m. 1516); en Pistoya, Nicolás Pandolfini (m. 1518) (3).

(1) Woltmann, II, 136.

(2) V. Wetzer und Welte's Kirchenlexikon VII, 1528 s., donde se halla más extensa bibliografía.

(3) Sobre las personas nombradas, cf. Ughelli, señaladamente IV, 380; III, 224; I, 563; VIII, 384; IX, 622; I, 761; IX, 342 s.; II, 690; I, 445; II, 158; V, 439; VI, 224, 943; II, 626; III, 376. Sobre S. Antonino, cf. arriba p. 74 s. y nuestras indi-

También en el Senado supremo de la Iglesia hubo no pocos preladados que resplandecieron por las cualidades del espíritu y del corazón. Martín V nombró una serie de cardenales, entre los cuales descollaban principalmente Doménico Capránica, Juliano Cesarini y Nicolao d'Albergati. Eugenio IV adornó con la púrpura al eminente griego Bessarión, á Juan Torquemada, Juan de Carvajal, Enrique de Allosio y Nicolao de Cusa. Calixto III elevó al excelente infante Jacobo de Portugal; Pío II al digno hermano de Doménico Capránica, Angelo, á Bernardo Eroli, Alejandro Oliva y Roverella. En tiempo de Paulo II fueron nombrados el noble Oliverio Caraffa y Marco Barbo. También fueron agregados como dignos miembros al Colegio cardenalicio, en tiempo de Sixto IV, Esteban Nardini, los dos españoles Auxias de Podio y Pedro González de Mendoza, y además Gabriel Rangoni y el santo Elías de Bourdeilles (1).

Cuando luego fué penetrando cada día más el aseglaramiento en el Sacro Colegio, no faltaron tampoco, al lado de indignos cardenales, otros varones piadosos, sabios y hábiles en la práctica de los negocios, que fueron ornato de la Iglesia, como Raimundo Peraudi, nombrado cardenal por Alejandro VI. Pero sobre todos es digno de mencionarse aquí el gran Francisco Jiménez de Cisneros, quien juntó con la mayor severidad y simplicidad de costumbres, un brillante talento administrativo y sorprendente formación científica: obtuvo el rojo capelo en tiempo de Julio II. Más adelante, en el reinado de León X, resplandeció en el Senado de la Iglesia Cayetano (Tomás de Vío), el cual desplegó una maravillosa actividad como legado en Alemania, Francia y Hungría, y por su extraordinaria ciencia fué considerado como el mayor teólogo desde Santo Tomás de Aquino (2).

caciones vol. III, p. 67. Sobre las reformas ejecutadas por Caraffa en Chieti, v. Dittrich en el Hist. Jahrb. V, 346 s. Burckhardt II, 104, 230 hace notar, que en Italia los obispados casi nunca se conferían según el árbol genealógico (como v. gr. en Alemania), y además que los novelistas y otros escritores burlescos apenas mentaban para nada á los obispos. Bandello en sus novelas, II, 39, 40, traza retratos de obispos virtuosos.

(1) Cf. nuestras indicaciones vol. I, p. 403-407; 457-460, vol. II, p. 48 ss. y en otros muchos lugares así de éste como de los tomos siguientes.

(2) Sobre los personajes citados hablaremos extensamente más abajo. Fuera de eso, cf. Hist.-polit. Bl. LXXIV, 103 s. Paris de Grassis, ed. Frati 231, y Sanuto XI, 771, 773 elogian unánimemente á Caraffa. Cuando murió Peraudi en Septiembre de 1505, escribía Julio II: Erat enim rectus et sedi apost. admo-

Aun en Santos fué el período del Renacimiento más abundante de lo que ordinariamente se supone. El catálogo de ellos, no completo, que ponemos abajo, ordenado conforme á los años de su muerte, puede dar al lector algún concepto de la gloriosa corona de santos y beatos que produjo en aquella época la nación italiana; y la vida de los tales nos descubre, en la Italia cristiana del Renacimiento, un aspecto de su existencia que por mucho tiempo se ha perdido de vista totalmente al lado del Renacimiento pagano (1).

dum utilis. Brevi episc. Lesinen. s. d. Lib. brev. 29 sq. 72^b. *Archivo secreto pontificio*.

(1) Cuanto á la lista que sigue, me remito en general á Chevalier, Répert., donde se hallan indicadas con sumo cuidado y diligencia las más amplias y completas noticias bibliográficas. También se hallarán algunos datos sobre los santos del primer tiempo del Renacimiento, en la presente obra, vol. I, p. 154 ss.

- 1400. Oddino Barotti, preboste de Fossano en el Piamonte.
- 1404. Jacobo d'Oldo, sacerdote de Lodi.
- 1410. Ursulina, de Parma.
- 1411. Daniel, de Venecia, camaldulense.
- 1415. Benincasa Rapaccioli, servita.
- 1419. Clara Gambacorti, dominica.
- 1426. Juan Dominici, dominico.
- 1426. Benincasa, servita, en Toscana.
- 1429. Gemma de Sulmona.
- 1429. Conradino, dominico, que rehusó la púrpura y murió en Bolonia, sirviendo á los apestados.
- 1430. Manfredo de Riva, ermitaño.
- 1432. Roberto Malatesta, terciario franciscano de Rimini.
- 1433. Esteban Agazzari, canónigo regular de Bolonia.
- 1435. Pedro Gambacorti, fundador de los ermitaños de S. Jerónimo.
- 1435. Angelina de Marsciano, terciaria franciscana de Foligno.
- 1440. Francisca Romana.
- 1443. Nicolás de Albergati, obispo de Bolonia y cardenal.
- 1444. Bernardino de Sena.
- 1446. Juan Tavelli, obispo de Ferrara.
- 1447. Tomás Bellacci.
- 1447. Coleta.
- 1450. Angelina, clarisa de Spoleto.
- 1451. Herculano de Plagarío, franciscano.
- 1451. Mateo de Girgenti, franciscano.
- 1452. Pedro Geremía, dominico.
- 1455. Fra Angélico de Fiésole, dominico, pintor.
- 1455. Juan Bassand, celestino.
- 1455. Andrés de Módena, franciscano.
- 1456. Lorenzo Giustiniani, patriarca de Venecia.
- 1456. Felipe de Aquila, franciscano.
- 1456. Rita de Casia.

Los sentimientos profundamente religiosos del pueblo italiano se manifiestan en las diversas obras de caridad, en el magnífico florecimiento del arte y en los numerosos santos y beatos, y se muestran asimismo en todas las clases de la población, de las más diversas maneras. Ni lo borrascoso de la época, ni la corrupción de una gran parte del clero, fueron capaces de destruir el espíritu piadoso (en

- 1456. Juan Capistrano, franciscano.
- 1456. Gabriel Feretti.
- 1457. Angela Félix.
- 1458. Angel Masaccio, Camaldulense.
- 1458. Cristina Visconti de Spoleto.
- 1458. Antonio ab Ecclesia.
- 1458. Helena Valentinis, de Udine.
- 1459. Antonino, arzobispo de Florencia.
- 1460. Antonio Neyrot, de Rípoli.
- 1460. Arcángel de Calatafimi.
- 1463. Catalina de Bolonia, clarisa.
- 1463. Magdalena Albrici.
- 1466. Bartolomé de Cerveriis, dominico.
- 1467. Margarita, princesa de Saboya, dominica.
- 1471. Antonio de Stronconio.
- 1471. Mateo Carrieri, dominico.
- 1472. Juan Bonvisi, franciscano.
- 1476. Jacobo de la Marca, franciscano.
- 1478. Catalina de Pallanza.
- 1478. Serafina de Pesaro.
- 1479. Andrés de Montereale, agustino.
- 1479. Miguel de Barga, franciscano.
- 1480. Andrés de Peschiera, dominico.
- 1482. Amadeo, franciscano de Milán.
- 1482. Pacífico Ceredano, franciscano.
- 1483. Jacobo Felipe Bertoni, servita.
- 1483. Damián Fulcheri, dominico.
- 1484. María degli Alberici.
- 1484. Cristóbal de Milán, dominico.
- 1485. Jacobo, franciscano de Bitetto.
- 1486. Bernardo de Scammaca, dominico.
- 1489. Bartolomé Foresta, franciscano.
- 1490. Pedro de Molino, franciscano.
- 1490. Ludovico Rávida, carmelita.
- 1491. Jacobo Alemannus, dominico de Bolonia.
- 1491. Juana Scopelli, de Reggio.
- 1491. Eustoquia Calafata, clarisa.
- 1491. Vital de Bastia.
- 1494. Bernardino de Feltre.
- 1494. Sebastián Maggi, dominico.
- 1494. Antonio Turriani, agustino.
- 1495. Angel de Chiavasso.
- 1495. Francisca, servita de Mantua.

algunas partes fervorosamente piadoso), del pueblo. Aun en medio de las sangrientas luchas de partido, como se hallan, v. gr., en Perugia, no se puede menos de señalar la religión y piedad de los mejores ciudadanos en aquellos mismos terribles años (1).

La piedad de las masas se mostró de una manera imponente en los grandes jubileos de los años 1450, 1475 y 1500 (2); y no menos prorrumpe el poderoso sentimiento religioso que animaba á todas las clases de la población, en las calamidades públicas, principalmente en las frecuentes enfermedades epidémicas, procurando la salud por todas maneras en semejantes épocas, por medio de obras de penitencia, devoción y misericordia. Cuando en el año de 1457 afligieron á Bolonia la peste y los terremotos, cruzaban las calles, según la relación del cronista de la ciudad, grandes procesiones de rogativas; veíanse catervas de disciplinantes que se iban flagelando, y cuando llegaban á las cruces erigidas en las calles, exclamaban en alta voz: «¡Misericordia, misericordia!» Durante ocho días enteros ayunó con el mayor rigor casi toda la ciudad; de suerte que los carniceros no vendieron nada de carne; y hasta las mujeres que vivían del vicio se enmendaron (3). En el año de 1496, en medio de las turbaciones interiores de la ciudad de Sena, se esparció el rumor de apariciones maravillosas que infundían espanto; é inmediatamente comenzaron las hermandades á celebrar procesiones, haciéndose lo mismo por su orden en todas las parroquias de la ciudad, y dirigiéndose grandes comitivas de hombres y mujeres á la catedral, donde cada uno ofrecía una vela de cera ante la imagen de la Virgen María de Duccio di

- 1495. Verónica de Binasco.
- 1495. Doménica, franciscana de Urbino.
- 1499. Marcos de Módena, dominico.
- 1502. Jerónimo Garibi, franciscano.
- 1503. Martín de Vercelli, agustino.
- 1504. Vicente de Aquila, franciscano.
- 1505. Margarita de Ravena.
- 1505. Osanna de Mantua.
- 1506. Colomba de Rieti.
- 1507. Francisco de Paula, fundador de los Mínimos.
- 1507. Francisco de Caldarola, franciscano.
- 1510. Catalina Fiesco Adorna.
- 1511. Juan Licci.
- 1520. Helena Duglioli dall'Olio, de Bolonia.

(1) Burckhardt, Cultur, I^o, 29.

(2) Ct. nuestras indicaciones de los tomos I y II, y abajo, libro 2, cap. 11.

(3) Annal. Bonon. 890.

Buoninsegna (la célebre *Majestas*). Fuera de esto cada cual ofrecía, según su posibilidad, obras de misericordia: el uno, refiere Allegretto Allegretti, redimía á un preso por deudas, el otro dotaba á una doncella pobre, y muchos otros hacían celebrar la santa Misa. Así lo hicieron los miembros de todas las hermandades; los cuales día y noche recorrían las calles descalzos y disciplinándose, y repitiendo incesantes plegarias para que el Señor los librara de las tribulaciones (1).

Como á fines de 1504 y principios de 1505 se viera afligida Bolonia por un violento terremoto, su Gobierno mandó inmediatamente se celebrasen grandes procesiones en las que se llevaban las principales reliquias y la Madonna de San Lucas. La gente se vestía de luto y se ceñía el cingulo de la penitencia, oraba y ayunaba; y en agradecimiento por haber cedido finalmente aquella calamidad, hizo Juan Bentivoglio que Francisco Francia y sus discípulos pintaran en la capilla de Santa Cecilia la leyenda de esta Santa (2).

De una manera semejante procedieron los venecianos después de la terrible derrota sufrida en Agnadello á 14 de Mayo de 1509. El mismo Gobierno de la ciudad mandó celebrar una gran función de penitencia para aplacar la ira divina; y más de 70,000 moradores de la Reina del Adriático recibieron en aquellos terribles días los santos Sacramentos (3).

Aun cuando muchos ministros de la Iglesia y aun algunos papas, como Alejandro VI, fueron de costumbres por extremo aseglaradas, los italianos supieron distinguir más hondamente que ninguna otra nación, entre la persona y su carácter sagrado. No en vano había insistido tanto Santa Catalina en que, en todo caso se debía obedecer aun al más vituperable de los papas (4).

(1) Allegretto Allegretti, 856.

(2) Gozzadini, Giov. Bentivoglio 147 s. Woltmann II, 310, 318. Estos frescos, aunque deteriorados, son de tan grande hermosura, que los que visitan la capilla, no pueden dejar de conservar de ellos un recuerdo imperecedero; señaladamente el entierro de Sta. Cecilia es obra de incomparable delicadeza y gracia.

(3) Cf. Bembo, l. VIII.

(4) Schultheiss en el Allgem. Zeitung, 1892, n.º 294, Suplemento. Cf. también Gothein, Ignatius 79. S. Antonino trata muy en particular de la posibilidad de que aun sacerdotes malos sean sublimados hasta el papado, y de la obligación que hay de obedecer también á los tales. En la sociedad humana,

Por más que los ministros que distribuían las gracias y bendiciones fueran personas indignas, el pueblo estaba persuadido de que los indignos representantes de Cristo no dejaban de serlo en el ejercicio de su sagrado ministerio, y que los Sacramentos derivan su eficacia del mismo Cristo, no de la santidad del que inmediatamente los dispensa. Hasta un gran criminal como Vitellozzo Vitelli, no tuvo antes de ser ejecutado otro más ardiente deseo, que el de recibir la absolución del Papa, aunque éste era un Alejandro VI (1). Los hijos de Catalina Sforza la exhortaban, en su desgracia, á que no se dejara arrastrar por el demonio á la desesperación, aun cuando le representara vivamente todos sus maleficios; pues una sola gota de la sangre de Cristo era suficiente para expiar todos los pecados del infierno. Catalina había sido siempre una verdadera mujer de su época; á pesar de toda su liviandad no había perdido la fe, y en medio de sus extravíos morales, edificaba iglesias y socorría á los monasterios. En su edad avanzada se arrepintió de su crueldad, asistía diariamente á la santa Misa y distribuía limosnas (2). Por semejante manera procuró Lucrecia Borja, con la piedad y las obras de misericordia, compensar las faltas de su ligereza juvenil (3).

Eran sumamente raros los casos en que alguno rechazaba en el lecho de muerte los consuelos de la religión. Cosimo de' Médici había contraído grandes responsabilidades por la crueldad contra sus adversarios y la arbitraria distribución de los tributos; pero cuando se acercó su fin, se manifestó hondamente preocupado por

dice, el orden querido por Dios, estriba en el poder de la autoridad. Por tanto, por malos que sean los superiores ó inferiores, este orden es en sí un bien, y engendra un bien. El poder que Dios dió al demonio para tentar ó afligir á Job, á S. Pedro ó á S. Pablo, hubo de servir para probar ó humillar á los tentados. Luego insiste S. Antonino con expresiones enérgicas en el deber de la obediencia, especialmente al Papa, depositario de la más alta autoridad que hay en la tierra. Por lo demás, continúa, un Papa imperfecto cuanto á las costumbres, puede ser, sin embargo, un buen soberano. Y si sucediese que el Papa fuese al mismo tiempo mal hombre y mal soberano, no por eso sería menos verdad, que el abuso del poder procede de la perversidad de los hombres, pero el poder mismo viene de Dios; el cual poder sirve á los escogidos de purificación y de salud, y á los malos de tormento y condenación. S. Antonino, *Summ. theol.* III, tit. 22, c. 2.

(1) Machiavelli, *Scritti minori* 142. Burckhardt, *Cultur I*, 98, 148, 251. Cf. Barzellotti, *Italia mistica* 51.

(2) Pasolini II, 290, 398 s.

(3) Cf. más abajo, libro 2, cap. 10.

la salud de su alma, confesó y recibió con grande fe y arrepentimiento el Sagrado Viático, después de haber pedido á todos perdón (1). Lorenzo de' Médici, á pesar de sus morales extravíos y del influjo dominante que había ejercido en él la antigua Filosofía, perseveró firmemente adicto al Cristianismo positivo. También él murió como fervoroso católico: cuando le llevaron la Sagrada Comunión no quiso aguardar á su Salvador echado en el lecho; antes bien, á pesar de todas las reflexiones de los que le rodeaban, levantóse el moribundo, se vistió y se dirigió á una sala, ayudado de sus servidores, donde en presencia del Santísimo se postró de rodillas; y la devoción con que recibió el Sagrado Viático produjo en todos la más honda impresión (2).

Aun hombres que se habían permitido en vida las más graves ironías y sarcasmos contra los sacerdotes y la Iglesia, se convirtieron á la fe de su juventud, cuando vieron cerca de sí la severa imagen de la muerte.

Las censuras eclesiásticas no poseían ya tan eficaz influjo como en anteriores tiempos, en parte por culpa del clero, que abusó de ellas fulminándolas con excesiva frecuencia, y muchas veces por motivos fútiles (3); pero, sin embargo, eran todavía temidas y observadas por innumerables personas. Testigo de ello es el empeño con que se procuró obtener se levantara el entredicho; testigo es también la impresión que hizo generalmente la excomunión pronunciada por el Papa contra Savonarola (4).

Era universal la fe en la intercesión de los Santos y la bienhechora eficacia de sus reliquias. Todas las ciudades, todos los pueblos procuraban afanosamente asegurarse la protección de semejantes espirituales tesoros, sin exceptuar siquiera Gobiernos como el veneciano que, por su absolutismo político, se hallaron casi constantemente en lucha con Roma. Refiérense repetidamente los afanes y sacrificios que se emplearon para obtener ciertas reliquias de los países conquistados por los turcos; y á la llegada

(1) Schultze, *S. Marco* 50. Reumont, *Lorenzo I*, 139. Sobre C. Marsuppini, que murió sin confesión y comunión, cf. nuestras indicaciones, vol. I, pág. 139.

(2) Reumont, *Lorenzo II*, 416.

(3) Ya en 1408 se queja de eso P. P. Vergerio (*Arch. stor. per Trieste, l'Istria ed il Trentino I*, 372); cf. además la *relación del embajador florentino, fechada en Roma, á 27 de Febrero de 1454. *Archivo público de Florencia*. Cl. X, Dist. 2, n.º 20, f. 259º.

(4) Para pormenores sobre eso, v. más abajo. V. además Burckhardt, *I*, 137 y Campori, *CIII Lettere inedite di Sommi Pontefici (Modena 1878)* 1. s.

de las mismas, todos los magistrados del Gobierno, con el Dux á la cabeza, salieron en solemne procesión al encuentro de los sagrados restos. Por la túnica inconsútil del Señor se resolvió, en 1455, gastar hasta 10,000 ducados; pero no fué posible adquirirla (1). Las Repúblicas de Sena y Perusa llegaron hasta á sostener una guerra por la posesión del anillo nupcial de la Santísima Virgen, y Sixto IV se esforzó por resolver aquel litigio. La ciudad más ricamente provista de reliquias era Roma, y cabalmente en el siglo xv logró obtener dos de las más insignes; es á saber: la cabeza de San Andrés, adquirida por Pío II, y la sagrada Lanza, que el Sultán regaló al Papa Inocencio VIII. La recepción de una y otra reliquia tomó el carácter de una grandiosa solemnidad, en la cual desplegó todos sus esplendores el Renacimiento cristiano (2). Cuán celosamente guardara sus reliquias la población de Roma, lo mostró el hecho de haber dirigido los magistrados apremiantes representaciones al papa Sixto IV, en el año de 1483, cuando quiso éste enviar al moribundo Luis XI algunas de las reliquias que se conservaban en Roma (3).

La devoción á la Virgen Santísima fué muy grande también entonces, como generalmente ha sido siempre en Italia. Grandes y pequeños, príncipes y pontífices, no menos que los sencillos ciudadanos y labriegos, andaban á porfía en el culto de Nuestra Señora; y la poesía y el arte crearon sus más altas obras para glorificar á la Madre de Dios. Innumerables iglesias y capillas le estaban consagradas, y continuaban dedicándosele de nuevo (4); Umbría y Toscana están como sembradas de frescos representando á la Virgen María, principalmente su coronación (5). Las innumerables tablas en las que se pintó á la Virgen, llena de augusta majestad como Madre de Dios, y al Divino Niño como consciente de su misión altísima, se multiplicaban sin término. Algunos artistas, como Lucas della Robbia, y más adelante Rafael, obtuvie-

(1) Burckhardt, I, 72.

(2) Cf. nuestras indicaciones del tomo II y más abajo, libro I, cap. 4.

(3) Sixto IV alegó el ejemplo de sus predecesores, señaladamente de S. Gregorio Magno, que habían igualmente regalado reliquias. Jac. Volaterranus en Muratori XXIII, 187.

(4) La mayor parte de las iglesias dedicadas á la santísima Virgen que hay en Italia, deben su origen y su forma al renacimiento y al estilo barroco; v. «Kirchenschmuck», 1896, p. 100.

(5) Cf. Finke, F. Ittenbach (Köln 1898) 39.

ron fama universal por sus imágenes de la Virgen Santísima (1). Las imágenes milagrosas de la Madre de Dios se consideraban como los más preciosos tesoros de las ciudades, y en tiempos de calamidades públicas eran llevadas por las calles en solemnes procesiones. Con filial confianza se dirigía el pueblo en todas sus necesidades á la Madre de gracias; agrupadas bajo su manto protector se hacían pintar familias enteras, hermandades y jefes de las ciudades, como ilustración viva del conmovedor himno popular:

Sotto il tuo bel manto
amabile Signora,
viver io voglio, e ancora
voglio morir un di.

Sucedió entonces que ciudades enteras, como, v. gr., la de Sena en el año de 1483, se consagraran á la Reina de los Cielos (2); lo cual imitó más adelante Savonarola, declarando á Cristo por Rey de Florencia, con entusiasta asentimiento de todos.

Las fiestas eclesiásticas se disponían con una pompa y gusto, de que no tenían concepto alguno los países del Norte. La majestad de las funciones había sido siempre extraordinariamente grande en Roma, punto central de la Iglesia; pero todavía se aumentó en el reinado de los papas Pío II y Paulo II. Con el mayor esplendor se solemnizaba la fiesta del Corpus, por cuya digna celebración se esforzaron Martín V y Eugenio IV. En Roma tomaban parte en la solemne procesión los mismos papas, presentándose en ella con todo su pontifical ornato, las más de las veces en la *sedia gestatoria*, rodeados de todos los cardenales, prelados y de todo el clero de la Ciudad. Nicolao V y Pío II, por especial devoción al Santísimo Sacramento del altar, asistieron á pie á dicha procesión, llevando personalmente la custodia. Hasta cuando la

(1) Sobre Rafael, v. arriba p. 116; sobre Robbia: Bode, Die Künstlerfamilie der Robbia und ital. Plastik 73 ss.; cf. también Burckhardt, Beiträge 12. Cavallucci-Molinier, Les della Robbia. Paris, 1882. M. Raymond, Les della Robbia. Firenze 1897.

(2) Cf. Burckhardt, Beiträge 158 s. Las explicaciones de Burckhardt, (Cultur I³, 252 s., 254 s., 256 s., 335) necesitan muchas veces de corrección; lo mismo hay que decir de las de Barzellotti, Italia mistica 52. Ni uno ni otro han conocido las numerosas obras católicas sobre los santuarios de la santísima Virgen, célebres por sus romerías. Cf. el catálogo de los mismos en Wetzler und Welte's Kirchenlexikon VIII, 848 s.

Corte pontificia andaba de **viaje**, como por ejemplo, en el año de 1462, cuando Pío II se hallaba en Viterbo, se celebró, no obstante, la fiesta del Corpus con **gran** pompa, semejante á la que se desplegaba en Roma. Las **descripciones** de los contemporáneos manifiestan de qué manera, **en** tales ocasiones, toda la magnificencia y fausto, tan desarrollados en la época del Renacimiento, se pusieron al servicio de la **Religión** (1). Dábase entonces particular importancia á los **magníficos** estandartes eclesiásticos, cuyo ornato pictórico cultivó **sobre** todo la escuela de Umbría (2). Alcanzó celebridad general la **festividad** del Corpus en Venecia, en la cual tomaban siempre **parte** el Dux y todos los Magistrados de la ciudad (3); y asimismo, **en** Ferrara, la Casa reinante asistía por lo regular á la procesión del Corpus (4).

En Florencia revestía **un** carácter semidramático la solemne procesión que se celebraba el día de San Juan Bautista, de la cual se conservan **descripciones** de los años 1439 y 1454. Por la última mencionada, se ve que **en** la cabalgata se representaba toda la historia del mundo, desde la caída de Lucifer hasta el Juicio final (5).

La creciente veneración del Santísimo Sacramento del altar, que se mostraba en la **magnificencia** de la procesión del Corpus, es generalmente una de las **más** satisfactorias manifestaciones de aquella época (6), y trascendió también al arte, produciendo numerosos y magníficos tabernáculos. Los más insignes maestros de la época emulaban en la **construcción** de receptáculos dignos para contener el cuerpo de Cristo; y así Ghiberti trazó en 1432 el tabernáculo para la iglesia del gremio de tejedores de lino de Florencia. Otros hermosos sagrarios de aquel tiempo se admiran todavía en la actualidad en Arezzo, Fiésolo, Prato, en el hospital

(1) Cf. nuestras indicaciones, vol. III, pág. 276, s., vol. IV, pág. 98, s. Cf. también Burckhardt II^o, 144, 191; Moroni IX, 46 s., y D'Ancona I^o, 79 s., 296. Sobre la procesión del Corpus, que desde 1426 se celebraba solemnemente en Perugia, v. Cronache di Perugia, ed. Fabretti II, 6 s. En los Annal. Bonon. 911 está descrita la espléndida procesión del Corpus Domini, que se hizo en Bolonia en 1492.

(2) Müntz, Raphael 81.

(3) Cf. Sanuto VIII, 376 s., Molmenti 326 s. y Bollet. ill. del 19 congresso eucaristico de 1 de Octubre de 1897, 342 s.; cf. 233 s. sobre la procesión en Viena.

(4) D'Ancona I^o, 295.

(5) Creizenach I, 303 s.

(6) F. X. Kraus atribuye este culto creciente á la actividad de la orden franciscana. Lit. Rundschau 1895, 9. Cf. Stimmen aus Maria-Laach XXXIX, 45.

della Scala de Sena, en Santa María Nuova y en San Ambrosio, en el Domo y Baptisterio de Florencia y en muchos otros sitios. En un magnífico relieve de mármol (actualmente en el Museo Nacional de Florencia) representó Mateo Civitale, la Fe adorando ante un cáliz sobre el cual se levanta la sagrada Hostia; y no fué acaso el que, en tiempo de Julio II, la Disputa de Rafael diera á la Sagrada Eucaristía la más admirable glorificación artística (1).

Son conmovedores testimonios del culto del Santísimo Sacramento las oraciones compuestas en aquella época; y también en otras plegarias entonces usuales, se percibe la misma intimidad del sentimiento religioso. No pueden leerse sin emoción las plegarias de la mañana y de la tarde, la recomendación á San Jerónimo como protector durante el día, las devociones para la santa Misa y la confesión; y principalmente en Toscana, era muy usual la consideración del Venerable Beda sobre las siete últimas palabras del Salvador, traducida al lenguaje popular (2).

Semejantes oraciones nos trasladan á aquella época en que, sin cuidarse de los manejos mundanos y gentilicos de muchas personas ricas y eruditas, la población de las ciudades, dividida en numerosas cofradías, se reunía después de terminar los trabajos cotidianos, en sus iglesias y capillas, ó delante de las numerosas imágenes de la Virgen colocadas en los ángulos de las calles, para orar y cantar. Las procesiones de rogativas y las romerías eran también manifestaciones de aquel mismo sentimiento piadoso, y religioso espíritu (3).

(1) Para más pormenores, v. abajo libro 3, cap. 10.

(2) V. Orazioni antiche Toscane en Palermo, Opera a ben vivere di S. Antonino 295 ss.

(3) V. Reumont, Lorenzo II^o, 428 s. Con mucha frecuencia se ordenan peregrinaciones por medio de testamentos. Cf. el *testamento del 19 de Agosto de 1472: Franciscus Marcilianus olim S. Georgii: Item volo, quod mittatur una persona bone conditionis ad S. Mariam de Monte Artono pro anima mea, cui dimitto duc. 1 auri cum hoc tamen, quod ire debeat discalciata a Padua usque ad ecclesiam ipsam. Et similiter volo, quod mittatur ad S. Mariam de Tarvisio alia persona... Item similiter volo mitti aliam personam ad indulgentiam S. Victoris (Atti Ant. Grasselli b. 508, n. 98). 10 de Noviembre de 1485: Gasparus q. Johannis: Dimitto Isabethae uxori Bernardini meae consobrinae, qui Bernardinus laborat in mea apotheca, duc. 10 auri cum hoc, quod mittere teneatur aliquem sive ire ipsa in persona ad indulgentiam S. Mariae de Loretho pro anima mea (l. c. n. 110). 10 de Julio de 1503: Dominicus Dona: Item volo et ordino, quod mittatur Romam et Asciscium pro anima mea. Item quod mittantur personae ad S. Trinitatem, ad S. Crucem, ad S. Laurentium et ad Castellum pro anima mea (Atti Greg. Trina b. 958, n. 205). 11 de Febrero de 1506